

**En el marco del Taller
de Escritura Creativa y
Cuentería impartido
por el profesor
Rodolfo González
Ulloa,
el Grupo Ágape
presenta:**

De la autora Idalie Alpízar Sánchez:

Oda al generoso mar

Tú eres elemento de creación perfecta, tus aguas saladas de color verdoso, espejo del cielo y cambios ruidosos. Tomado de la mano de pequeños bosques, te cantan las aves, te aúllan los congos, te abraza la costa y te reciben las rocas, cuando chocas contra ellas, sin mostrar enojo.

La bruma que dejas se encrespa en las olas, otras se separan como encajes rotos. La gente te busca con gran regocijo y mucha alegría, cambias el carácter del más abatido, tranquiliza los ánimos, das salud y vida.

Haces felices a los niños y al trabajador descanso. Haces soñar al amor y recordar el pasado. Y aún sigues allí, siempre igual o con cambios distintos en tu hermoso vaivén, para llenar el espíritu inquieto del ser humano.

Te das el lujo de estar siempre ahí, no buscas a nadie, te buscan a ti. Eres orgulloso, te sientes feliz de ver tanta gente que se baña en tus aguas, suaves a veces, pero en un instante, cambias de carácter y tus olas fuertes empujan a la gente en un juego gracioso y sonriente.

¡Oh mar generoso! ¿Creías que iba a morir sin disfrutar, y ver bajo el agua tu fauna marina, sin mirar tantos peces de formas extrañas y muchos colores? Las arenas blancas y conchas hermosas lucen como alfombra en lecho precioso.

Acoges al rico, al pobre y al chico. Para ti no hay distinción de raza, color ni nacionalidad. Todos disfrutan igual. Envueltos en tus aguas de olas hermosas, bañan sus cuerpos de distintas formas. No importa si feos, bonitos o gordos,

ni flacos o ancianos temblorosos, que en el pasado caminaron en la playa con ritmo cadencioso.

¡Oh mar!, no mires hacia atrás, eres pasado y presente de los tibios aires puros. Favoreces a los pobres, das comida al hambriento y sigues en tus vaivenes con tu amigo que es el viento.

Viejo mar, solo pides un regalo: que respeten tus playas y que vivas libre y limpio, alejado de magnates con cadenas hoteleras que ensucian tus veredas y reducen tu zona marítima, que destruye tu espléndida playa de conchas y arenas blancas, alejando la fauna bellísima de los bosques que te rodean.

A ti te protege siempre, un centinela gigante de hermosas rocas fuertes, qué no pueden destruir tu grandeza que es tu gente.

De la autora Vilma Arce Méndez

El Susto

Viajaban por un afluente del río Tortuguero, el Caño Negro, en un cayuco largo y angosto, iban acomodados como bananos en el racimo, en silencio, extasiados en la contemplación de la exuberante vegetación y fauna, el bonguero con los ojos fijos en el río, atento a cualquier piedra o árbol que obstruyera el paso.

En la orilla no muy lejos se escuchó un plop... todos miraron en la misma dirección, una enorme serpiente nadaba cadenciosamente hacia la otra orilla del río.

El bonguero aminoró la marcha para que admiraran el contoneo de la serpiente, larga y gruesa, de color verde esmeralda que nadaba sin hacer que el agua se agitara..., la corriente arrastró el cayuco y quedaron en el trayecto que llevaba la serpiente, ella ante el obstáculo solamente se irguió y se deslizó dentro del bote, cayendo a los pies de los aterrorizados pasajeros que se quedaron petrificados del susto, un par de turistas con una agilidad increíble se subieron al borde del cayuco, las dos del mismo lado haciendo equilibrio para no caer al río.

La serpiente más asustada que los pasajeros resbalando por el otro extremo del bote, siguió su camino como si nada hubiese pasado.

¡No se muevan!, gritó el Botero, las dos turistas aferradas con sus pies como loras al filo de la panga se balanceaba graciosamente para no caer al agua, con el inconveniente que con el bamboleo, el bote casi se daba vuelta, a las

instrucciones del botero, aguantando la respiración, algunos pasajeros se fueron deslizando lentamente hasta lograr que este se equilibrara, con agilidad de felino el Botero llegó donde las muchachas y las ayudó a sentarse, las dos tenían el color de la sal.

Cuando pasó el percance y ya río abajo de nuevo entre risas nerviosas comentaban que se sentían afortunados de haber vivido la mejor aventura al estilo de Indiana Jones.

De la autora Rosa Nelly Corella Elizondo

Sin lágrimas

Le habían regalado una bola de hule, de colores verde, amarillo y rojo, que apenas cabía en sus pequeñas manos. La niña cursaba el segundo grado, su maestra Julieta, muy buena y cariñosa; feliz de tener una estudiante aplicada y que aprendía muy rápido sus explicaciones.

Un día de esos, ella terminó su trabajo con anterioridad, sacó del bulto su bolita y la tiró contra la pared una y otra vez. La logró ver la maestra, le dijo... no la tires más, ella sin saber ni cómo, la tiró otra vez.

La maestra le indicó que recogiera sus cosas, la envió para la casa, eran ya las nueve de la mañana. Caminando llegó al parque central del lugar, se sentó muy triste en uno de los pollos. Esperó a que llegará la hora de la salida de clase, y se dirigió a su casa que quedaba un poco lejos.

Al fin llegó, le pidió comida a su mamá, ya que tenía mucha hambre. Al mismo tiempo llegó su hermano mayor; él había pasado a la escuela para dejarle unas monedas, para que se comprara alguna golosina en el recreo.

La maestra salió a su encuentro, le explicó lo que había sucedido; él de inmediato le dio las quejas a su madre. Ella sin pensarlo mucho, se dirigió a la niña, la llevó al dormitorio, le levantó la enagua y tres fajazos le dio y luego la dejó sin almorzar.

¡Qué inocencia la de la niña!, no entendió por qué le hacían tanto daño.

Al día siguiente la mamá le colocó una blusa blanca, que era de su hermana, la mayor. Sin decir más, también le puso en sus manitas una piña grande y espinosa; le dijo... se la lleva a su maestra y le dice ¡Gracias!

Le costó llegar a la escuela, al fin se la entregó, le dio las gracias. La maestra tomó la piña, miró sus manos ya con gotas de sangre, abrazó a la niña y se soltó a llorar.

Desde ese día la niña alegre y llena de ilusiones se apagó. En su corazón, solo se le halló un gran rencor hacia su madre por mucho tiempo. Fue como un fuerte verano que con el sol agrietó su suelo, aunque llovió después, al final la sequía dominó la tierra y ya nunca brotó lágrimas en sus ojos claros; ahora son de color gris y solo tristeza hay, en su alma gris como su vida.

Reflexión “No le hagas daño a los niños...”

Del autor Manuel Flores Montero

Las jetonadas de Nemesio Sánchez

Palabra que lo que les voy a contar es la puritica verdad, juro por los huesos de mi tata... que mis palabras no le hagan ruido, que a mí hasta ahora nada me da miedo.

Resulta que toda la vida se ha dicho que en la finca que tenían los González, allá por el bajillo del carbonal, hay enterrado un tesoro. Recuerdo que el que cuidaba esa finca era el finao Nicodemo Abarca, conocido como Nico, arrecho pal trabajo el condenao que de Dios goce.

Un día iba pasando por el frente de la casona y me llama el viejo Nico y me dice: Mecho vos que estás joven y bien macizo, jalate una parada, buscate ese tesoro y lo repartimos, idicen que vale la pena!

¡Ahí papá!, no se lo dijo a un tonto, jalé como alma que lleva el diablo pal rancho, alisté los fierros que siempre tengo bien limpios y afilados: la pala, la macana, el sacho y el cuchillo, y todo los amarré en una sola carga. Muy de madrugada agarro un tuco de dulce y el calabazo lleno de agua y aunque caía un gran aguacero eso no me amuinó y me eché los fierros al hombro y me jui a comenzar a trabajar, también llevaba a Tarzán el perrillo que siempre me acompañaba y que es como un pión pa mí.

Como a las 3 a. m. empecé a trabajar, por Dios parecía loquito volando sacho y pala, pa no hacer muy largo el cuento a las 5am había voltio como una manzana de tierra, a las 10 am ya tenía un huecón que sin exagerar era como

la sábana y no aparecía ni una bacinilla vieja, pero Mecho no se cansa tan fácil, seguí volando sacho.

Como a las 3 p. m. casi llegaba a Grecia y el saguate iba con una zanja como de 30 metros de ancho y de pronto oí que pegó las uñas como en una lata, me santigué y fui a ver, a la puñeta un baúl bien grande llenecitico e monedas de oro y plata, salí corriendo pa la casita, enyugué los güelles, les pegué la carreta y me jui de nuevo pal bajillo, estaba tan entusiasmado que cogí un juerzón, agarré el cajonsote , lo moví para y payá un lado y otro hasta lo que lo aflojé me lo eché al hombro y lo tiré a la carreta; en eso, escucho una muy tenebrosa voz que salía del de guecarón: "Mechoooo, ese tesoro es sagrao, si se lo lleva lo convierto en indio de piedra, !hay tatica Dios! ahí si se me aflojaron las canillas, hasta me mie en los pantalones y el pobre Tarzán se le pararon los pelos y ladraba pa todo lado. ¡Dios mío! y entonces qué lo hago, llévelo a Puntarenas y lo tira al mar, porque le pertenece a la naturaleza y así se debe quedar. Inmediatamente, le pego par de chusazos a lo güelles que salieron a toda velocidad, como a la media hora ya bajaba cambroner y cuando llegué a esparza agarré el gran baúl le di par de vueltas y lo dejé ir con el dolor del alma. Vi donde volaba por el aire y por allá iba hasta que lo vi que cayó cerca de un islote, hasta que se vio el chirguete de agua que esparció, según dicen cayó por una isla, tal vez no me crean, pero para mí ese es el famoso tesoro de la isla del coco.

De la autora Ana María Méndez Arias

La Espera

Aquel día ella escogió sus mejores ropas. Se acicaló lo mejor que pudo. Debía ser así, pues no sería un día cualquiera. Lo escribiría en el calendario de su vida.

Se dirigió al lugar que habían acordado.

Sentía mariposas revoloteando en su estómago. Su mamá se las había pronosticado.

El aire fresco que acariciaba su cara soltaba aroma de amor. Percibía amor de todo lo que estaba a su alrededor y el color de las flores era más intenso. Los minúsculos insectos se acariciaban. El vaivén de los follajes se unía a su aguardo con movimientos sensuales.

—Tendrás un día vestido de color rosa, le había dicho su mamá.

Ya ese color estaba dentro de ella y no quería desteñirlo.

—Él vendrá, me lo prometió. Debo seguir creyendo que así será.

No miraba el reloj, no quería convertirlo en su enemigo, pero el tiempo pasaba y las mariposas de su estómago ahora tenían una desazón.

Ella pensó en el momento del encuentro. Se abrazarían con un apretón interminable. ¡Se dirían tantas cosas! Se mirarían a los ojos derramando ternura, jurándose pasar el resto de sus vidas juntos, haciendo cosas que nunca habían hecho.

¡Había tanto qué contar y qué decir! Y cuando haya tormenta no esperar a que pase, sino que aprenderemos a bailar bajo la lluvia, porque haremos de cada amanecer un nuevo despertar lleno de esperanzas y proyectos.

Yo cuidaré de él y él velará por mí. A su lado nuevas fuerzas tendré.

—Ya no veo tan fogosos los follajes. Ya el color de las flores ha perdido su encanto y los insectos han buscado su guarida. Se dijo ella.

—El tiempo lo siento lento y la espera interminable.

—Pero él vendrá. Mi mamá lo aseguró.

Aquel hombre alto y espigado lo quería para ella ese día, así había sido el compromiso.

Él dará brillo a mis ojos, música a mi alma y alegría a todo mi ser, se dijo ella.

Más el tiempo caminó y las manecillas del reloj marcaron muchos números.

—No debo desfallecer cuando de alcanzar mis sueños se trata —pensó, pero al hombre que esperaba no llegó.

Con mucha tristeza ella regresó a su casa. Quería poder unir los pedacitos de su corazón destrozado y se dijo:

—Debo prohibirme abandonar mi sueño.

—Debo prohibirme llorar sin aprender a levantarme mañana y sin saber qué hacer, pero mi mundo sin él seguirá siendo nublado.

Al llegar a su casa la esperaba su mamá que en sus gestos y mirada escondía muchas palabras y un corazón roto también.

—La sabiduría de mi madre es admirable, se dijo.

Se abrazaron y los sollozos y las lágrimas se convirtieron en oscuro y silencio aquel día que habían pintado color rosa.

Ambas amaban al mismo hombre.

Para su madre había sido el amor de su vida. Mucho tiempo atrás se había entregado por completo a él y su vida se había convertido en una espera interminable, en un deseo de verle de nuevo, de ser suya para siempre.

Para ella, su madre se había encargado de inculcarle amor hacia él por largos años.

Las dos llevaban una larga espera.

Hoy sería el encuentro cara a cara, por primera vez con el hombre que le dio la vida.

El corazón de aquel hombre alto y espigado no aguantó las interrogantes, la incertidumbre, la angustia y la inquietud que suponía el encuentro con aquellas dos mujeres que estaban en su camino y su corazón dejó de latir antes de concretar el encuentro que tanto había prometido.

De la autora Zaida María Ocampo Mora

Pececito Saltarín

Pececito, pececito,

pececito saltarín,

nada y salta en el agua.

Las burbujas,

las pequeñas piedrecitas,

Salta, salta, saltarín.

Yo quiero, pececito,

que tú vivas siempre así,

muy alegre y contento,

en el agua cristalina,

de los mares y los ríos,

de mi sin igual país.

Pececito, pececito,

pececito saltarín,
tú me alegras
y me haces,
y me haces sonreír,
tú eres lindo y delicado,
como hojas de jazmín.

Yo no quiero que tú mueras,
y te extingas de una vez,
y por eso pececito,
yo los ríos y los mares,
con esmero cuidaré,
la basura y los desechos,
en ellos, no tiraré.

Pecesito, pececito,
pececito saltarín,
tú eres parte de mi vida,

y por algo, Dios te hizo así.

Yo te quiero y te necesito,

Para poder sobrevivir...

Pececito, pececito, saltarán.

De la autora **Sonia María Quesada Solís**

Nieve derretida

Hay un tiempo nevado y gris afuera.

Llovió toda la tarde,

todas las horas de toda la semana.

La casa está helada y miro los árboles por la ventana.

Apareces como siempre, después de semanas.

peleando con la puerta,

dejando paquetes, hablando de todo y metiendo ruido.

Enciendes la leña y huele a café.

llega el calor del fuego a mi espalda,

Me doy vuelta y recibo tu café y tu abrazo.

Amanece...

Amanece y escuchamos el tintineo de la lluvia

en momentos tibios y nuestros.

De la autora Gylliam Rojas Acosta

Yo al leer el relato “La ventana” de Carlos Salazar y entender el significado de libertad en el texto, el cual está impregnado por la ansiedad de la espera, del paso del tiempo y de la gran fidelidad como tema central, y al reflexionar sobre estos conceptos, sin querer me devuelvo a atrás, veo otra ventana, mi ventana...

Ahí está, alta, envejecida y con todo su marco de madera, ella muestra el pasar del tiempo, y sus vidrios, tal anciana con cataratas que ve hacia afuera con imágenes distorsionadas, por ello la mantenemos abierta la mayor parte del día, porque es la espectadora muda de todo lo que pasaba frente a ella.

Y así sin que nadie escribiera al llegar, sin anticipar noche alguna en particular, sin casas viejas blanqueadas de cal, ni potreros llenos de aromas. De la mía se miraban las altas y desoladas paredes de la antigua cárcel y del Cuartel, y en lugar de potreros, había calles cementadas, sin aromas de flores. La única agua que caía era la de los fuertes aguaceros, que limpiaban las calles y convertían sus altos caños en ríos revoltosos. El viento lo único que mecía eran las banderas que desfilaban por su calle en días de fiesta. No había santos ennegrecidos, a no ser alguna imagen en procesiones, que pasara para alguna Semana Santa, si cambiaban el recorrido. No había que cuidar duendecillos de luz entre las manos, solo había una tenue luz, que iluminaba las noches y bailaba con el rocío del amanecer.

Aquí no había un él, fueron varios o infinidad de paseantes, algunos con más protagonismo, como aquel a quien sacaron un día fatal en el cual su mujer prefirió matarlo que dejarlo ir a vivir su vida fuera de Costa Rica, y yo desde mi ventana lo vi todo, asimismo como los eternos pleitos entre reos y policías,

más los fines de semana, o como un fin de año, estando con mamá viendo los juegos de pólvora en el cielo, vimos cómo saltaban y saltaban cuerdas de sábanas amarradas y por ellas como monos de circo, bajaban personas que al llegar al suelo, corrían calle abajo. También, todos los domingos desfilaba la banda, tocando, hacia el parque a su matiné. Asimismo, era un eterno ir y venir de todas las personas, todos los días, hacia el correo, la Biblioteca o el parque y a diferentes destinos.

Años después bajo ella me dieron mi primera serenata, la ventana fue testigo de todo el proceso de mi despedida de soltera, con el paso del tiempo mis hijas, amigos y familiares también disfrutaron desde ella, de desfiles y parte del festejo que ellos traían, pero luego del terremoto se declaró la propiedad inhabitable y entre todos llegamos a demoler la casa centenaria, caían paredes interiores y con ellas se levanta el polvo y con él empezaban a mezclarse los recuerdos, entre la nostalgia de la pérdida, y con todo esto danzando enfrente de mí, no la veo caer, pero no sobrevivió, eso sí, la mía, tampoco tuvo o tenía barrotes...

De la autora Ana Cecilia Salazar Meléndez

BELLEZAS DE LA LUNA

La luna siempre, a través de los años, ha jugado un papel muy importante inspirando a muchos poetas, compositores y amantes, que se regocijan mirando la hermosura de la luna llena. ¡Cuánta melancolía les produce a algunas personas!, dejando que sus lágrimas rueden al ser invadidos por los recuerdos que se agolpan en su mente y a otros les causa mucha alegría, dando paso al romanticismo desbordante, rozando el éxtasis de la loca pasión, que enciende el fuego del amor más sublime.

En la oscuridad de la noche se realza tu plenilunio llenando de esplendor todo el inmenso cielo. Eres la Reina de la noche, con tu escolta de millones de estrellas glamorosas armonizando un espectáculo sin igual, donde los enamorados, con ese marco incomparable, se juran amor eterno sellando su unión con un cálido y ardiente beso, bajo la influencia de tu belleza y encanto nocturnal.

Tu halo de luz es maravilloso que incita a soñar y a amar en una velada inolvidable. Toda una catarsis de serenidad, paz y sosiego, cuando la luna se refleja en el inmenso mar, con su habitual coquetería y seducción.

La luna y el mar se compaginan de forma maravillosa, sin que exista rivalidad entre ambos.

La playa y las olas se engalanan con la majestuosidad de tu presencia. Luna, tú representas el ideal de los enamorados y de los poetas que te observan,

haces que de ellos broten espontáneamente los poemas en un arrebatado de locura que alimenta sus almas.

Cuando la luna se filtra en el inmenso mar dibujando multicolores y llamativos destellos, la brisa jugueteando con los cabellos despeinados de los participantes, que extasiados desean que la noche no termine... Y a lo lejos se escucha el concierto de los diversos pajaritos que expresan su alegría por el nuevo día que está a punto de asomarse, y así la luna se retira a su habitual descanso esperando ser nuevamente la protagonista de las noches escoltada con su séquito de numerosas estrellas.

De la autora Alexandra Siles Chacón

El Sombrero de Lona Verde

Era una niña feliz, sus ojitos querían comerse el mundo que le parecía extraordinario. Todo era hermoso, de mil colores y destellos. Corría tras las mariposas, jugaba, brincaba, bailaba.

Le gustaba estripar la menta, el romero, las hojas de limón, aspirar el perfume de las flores y aroma de las plantas que había en el jardín de la abuela. Galopar a la grupa del Cholo y volar por los montes, por los trillos y por las callecillas.

Le gustaba acariciar a humo, un perro negro con un pelaje que al sol se volvía de un negro tornasol. Deslizaba sus pequeñas manitas desde el lomo hasta las orejas del animal, lo sentía tan suave que invitaba a seguir acariciándolo. Era un perro de ganadería.

Por las mañanas miraba pasar un chiquillo que llevaba a caballo tarros de leche para entregar a las Dos Pinos. Tenía un sombrero de lona color verde. Miraba con admiración aquel jinete que tiraba de las riendas de los caballos para animarlos a continuar el camino.

Lo miraba ir y venir del pueblo con su sombrero de lona verde. Hasta que un día cayó un aguacero. El niño se mojaba. Entró de prisa con los caballos, desmontó, saludó y pidió permiso para escampar.

¡Qué alegría verlo tan cerca! El agua chorreaba por el sombrero a goterones. Sus padres lo hicieron pasar, le dieron una toalla para secarse y un chocolate caliente para calentarse.

La niña estaba embelesada, no podía creer que estuviera ahí, en su casa, tan cerca. Ella lo admiraba. Aprovechó la oportunidad en un momento en que quedaron solo para pedirle que fuera su novio.

Él se quedó quieto, hizo una mueca de asombro, sus ojos se hicieron más grandes. Salió sin decir una palabra, deprisa... Nunca más volvió a saludar al pasar por su casa.

Regresó con su familia al pueblo de su primera infancia muchos años después.

Había una manifestación política, José Joaquín Trejo "Cielito lindo" estaba en el pueblo y todo el pueblo estaba ahí. La gente la saludaba y ella se alegraba de volverlos a encontrar.

Entre la gente un muchacho la miraba con insistencia... Ella no lo reconoció. Él se acercó y le dijo:

Si me pides otra vez que sea tu novio te diré que sí.

De la autora Aida Gutiérrez Díaz

Fascinación

Su rutina iniciaba entre tres y media y cuatro de la madrugada, si el cuerpo o la mente se lo permitían, se preparaba para su caminata, ropa deportiva holgada, jacket impermeable con gorro, zapatillas compradas para caminar, además de su inseparable cubre bocas, componían su atuendo.

Disfrutaba mucho caminar a esa hora porque a pesar de la oscuridad o lo escaso de personas que podía encontrar en su recorrido, era cuando se sentía más segura, de su entorno, liberada de sus pesadillas y de sus temores.

El recorrido no era extenso, sin embargo, por estar paralelo a orillas del ese riachuelo, le era muy grato escuchar el murmullo del agua que rápidamente entre los pedruscos, fluía en su carrera sin fin, esa agua gritaba su necesidad de continuar su camino y al mismo tiempo su lastimera voz imploraba su repudio hacia la contaminación.

Las aves de diferentes colores, tamaños y cantos también la acompañaban a esa hora celebrando un nuevo amanecer, sin importar la estación en que se estuviera, ellas igualmente despertaban entusiastas por continuar libres, aunque a veces, les era difícil encontrar ese alimento necesario, sobre todo, para mantener sanos y fuertes esos hermosos polluelos.

Durante muchos años hacía el mismo recorrido, sin embargo, nunca le parecía tedioso o aburrido, siempre encontraba algo nuevo que oír o que ver. Fue interesante durante esa pandemia, en que, por temor al contagio, las calles fueron quedando vacías, ya fuera por convicción propia o por restricciones

sanitarias. Durante un tiempo, le fue interesante notar en el cauce del río, aves y otro tipo de animales que solo podían ser observados en lugares no urbanos. Ellos por el silencio de los motores o del bullicio de las personas, fueron arriesgándose a extender sus dominios.

En su rato de caminata, no solo ejercitaba sus músculos, sino también su mente. Observa siempre la paleta de colores que le ofrecían toda esa vegetación a su alrededor, las flores, las diferentes tonalidades de los verdes según las especies, imaginaba cómo podría, en alguna pintura que pacientemente esperaba en un bastidor, todavía protegido por el plástico. En la bóveda celeste, muchos paisajes se presentaban frescos y algunas veces alegres, encendidos por la luz del astro rey al despertar.

Como todas las mañanas, en particular llamó de nuevo su atención, aquel estanquecito de agua, que sin importar si el verano estaba muy prolongado, él permanecía con agua. Estaba en la línea donde se encontraba el bulevar, ahí permanecía siempre quieto como un espejo reflejaba lo que estaba a su alrededor, con su forma un poco ovalada que en su parte más ancha era de unos ochenta centímetros. La gran incógnita era el imaginar de donde provenía el agua que lo alimentaba.

Muchas veces estuvo con la idea de detenerse a investigar el origen del estanquecito, pero desistía conformándose con disfrutar observando el cielo mirando el suelo, eso era parte de su ejercicio mental de la mañana. Ese día en particular notó que el diámetro del estanque era más reducido, pero estaba más claro y resplandeciente que nunca. Paso a la par y nuevamente sintió el deseo de explorarlo, miró dudosa, caminó unos cuantos metros, luego se detuvo y muy lentamente retrocedió su marcha. Se quedó mirando fijamente

aquel espejo natural, que a sus pies se le ofrecía. Dentro pudo observar un cielo de azul fascinante y una esfera luminosa que brillaba en el centro, lo que la hizo suponer que se estaba en fase de luna llena.

Se inclinó con un poco de dificultad, al hacerlo una gota cayó en el estanque que hizo que todo dentro de él vibrara, la luna y el cielo parecía que se quebrarían. Por instinto bajo la mano queriendo detener la vibración, su mano penetró en el mismo, para su sorpresa no tocó el fondo, pero las vibraciones se detuvieron al momento. Sacó del estanque el brazo que había introducido más arriba del codo y notó que estaba completamente seco. La curiosidad la invadió, se incorporó y ahora probaría de nuevo, se colocó en el borde del estanque y comenzó a introducir lentamente su pie derecho, cuando lo tenía sumergido a más de la mitad de su pierna, sintió como su pie izquierdo se le resbalaba con suavidad sin poder evitarlo, empezó a sumergirse lentamente, no sintió temor, pensó : "Está en la vía pública no puede ser profundo, su diámetro me permitirá apoyarme en su borde", tranquilamente disfrutó de su viaje de exploración, seguía desentendiendo de manera pausada, como si sus pies estuvieran apoyados en una plataforma que descendía casi de forma imperceptible, así continuó sin poner resistencia. Cuando el borde del estanque estaba ya casi a la altura de sus hombros, no se aferró a él, levantó lentamente su cabeza y miró al cielo, solo en ese momento se dio cuenta, que éste estaba muy oscuro, que las nubes de un gris intenso y arremolinadas, le presagiaban que una tempestad se le avecinaba, también constató que la gota que había distorsionado el estanque, provenía de sus ojos.

De la autora Leda Castro

Llamada Inesperada

Esa tarde ella quiso salir a caminar por el pueblo y de paso comprar algo que le hacía falta, conversó con una amiga que se topó, saludó a medio pueblo, en el supermercado habló con alguien que no conocía y de regreso a su casa contemplaba el atardecer arrojando como un dragón colores casi rojizo, casi amarillo, casi azul, casi gris y el sol emanando su brillo intenso diciendo adiós a veces escondido entre las nubes para ocultarse en el horizonte y salir al otro lado del mundo para dar vida.

Ella tenía setenta años, de contextura delgada, hacia ejercicios, y, de vez en cuando, le salía algún admirador, como aquel que cuando la veía en bicicleta le decía, "regando veneno" o "matadora".

Cuando llegó a la casa guardó lo que traía en la refrigeradora, se hizo una cena liviana y en el momento que se disponía a tomar un baño, recibió una llamada de un teléfono que no tenía registrado, no quiso contestar pero seguía sonando, aun así, contestó, ¡cuál fue su sorpresa!, al escuchar quedó sin aliento, una voz juvenil y varonil le habló diciendo: "mi amor llego en una hora, ponte bonita para mí, tómate tu tiempo, disfruta la tina de baño, que las burbujas te cubran, sírvete un vinito, tómatelo despacito, ponte tu crema preferida, que es la mía también , masajéate el cuello, los hombros, los brazos, la cintura, las piernas, respire despacio, no te peines que yo desenredaré tu pelo con mis dedos, ponte el babydoll rojo, mi preferido y espérame en la cama, que hoy vamos a echar fuera a los dioses del Olimpo, y al tiempo, esta noche lo haremos prisionero como lo soy de ti , solo pudo contestar "sí" con una voz suave".

Ella hizo todo lo que le pidió aquella voz intrigante y sensual, se dio su baño en la tina con muchas burbujas, se tomó el vinito despacio, hizo todo, todo, todo, incluso se puso el babydoll, que de casualidad esa semana se lo había comprado a una sobrina que se iba a casar, antes de acostarse fue a tomarse sus pastillas para la presión y alergia, antes de dormirse deseo soñar de cuando era joven y esa noche, esa noche, ella soñó.

De la autora Nidia Zamora

El olor de la madera

El pueblo se recostaba en un angosto valle, rodeado de colinas verdes y azuladas. Los primeros asentamientos dieron comienzo por ahí de 1848. Eran campesinos que se dedicaban a la agricultura, como en casi todas las zonas rurales de la época. Con el pasar del tiempo el café se convirtió en el cultivo principal. Desde lejos se podían observar las hermosas colinas tachonadas de blanco durante la florescencia de los cafetos. Por las tardes, se escuchaba la cháchara alegre de los recolectores de café, que volvían a sus casas después de un arduo día de trabajo.

Una larga y sinuosa calle, atravesaba el pueblo de sur a norte. A ambos lados se encontraban los edificios principales. La pulpería con su fachada de madera pintada de azul, en donde se podían encontrar desde alimentos, hasta toda clase de chucherías. La infaltable cantina, con su largo mostrador de madera pulida, lisa y brillante. Allí, se encontraba el único teléfono del pueblo, de esos que había que darle cigüeña, para luego escuchar la voz pausada de la telefonista, pidiendo el número correspondiente. En un terreno alto y desmoronado, estaba el destartalado cine, antigua construcción de madera en donde, además de exhibirse películas mexicanas, se engalanaba en ocasiones especiales, convirtiéndose en el salón donde se realizaban los bailes de fin de año.

Bordeando la calle, se encontraba la plaza de deportes, y la escuela un poco más allá. La iglesia, orgullo del pueblo, se alzaba indiferente con sus altas torres mirando al cielo. Y eso era casi todo; las casitas de los pobladores se extendían por aquí y por allá, por todo el poblado. La propiedad en la que ella

había vivido su infancia estaba en los linderos del pueblo, a unos cientos de metros de esa calle central, a lo largo de la cual se desarrollaba la vida de los habitantes.

Ahí, transcurrían los días de su niñez plácidamente, entre el taller de carretas de su abuelo, con olor a madera fresca, la casa de madera pintada de verde con techo de teja, con sabor a tortilla recién cocida al pie de la cocina de leña donde la abuela preparaba la comida. Se accedía desde la calle por unas graditas que llegaban al gran pórtico en donde se reunían durante las tardes, los nietos, que eran muchos, con el abuelo para contar historias y disfrutar del momento de descanso. La sala, era una habitación grande adornada por unas primorosas sillas hechas en el taller del abuelo, un escritorio, una pequeña biblioteca, y, en una esquinita como muestra de amor y orgullo, la grácil y torneada cuna que había cobijado a la mayoría de los hijos de la familia. En un estante, se encontraban apretujadas unas pequeñas revistitas que el abuelo siempre leía.

Una gran mesa era el principal mobiliario del comedor, cubierta siempre por un mantel de flores amarillas. Adosado a la pared, un trastero de color blanco guardaba la vieja vajilla de porcelana china. El cuarto de los abuelos, grande y espacioso se adornaba con una amplia cama y un ropero de madera oscura, siniestro y prohibido, que exhalaba un cierto olor a moho.

La rústica cocina, con su cocina de leña, la que como menopáusica daba un calorcito acogedor, que con el chisporroteo de los leños ardientes y quejumbrosos atraían a quien pasaba cerca. En una repisa alta, detrás de la cocina, se colocaban en ordenadas filas, las tapas de dulce que eran el producto de la caña de azúcar que se cultivaba para el consumo de la casa.

En una esquinita, cerca de la puerta que daba al patio, se encontraba un molinillo de hierro antiguo para moler el café. Los chiquillos se sentían fascinados por ese artefacto y por el aroma maravilloso que exhalaba, cuando los granitos morenos se convertían en polvo después de darle a la palanca por un rato. Luego, era chorreado en sendos chorreadores, humeantes y olorosos.

Una pared, era ocupada por un largo mostrador de madera, cubierto por un mantel de flores rojas. Pero, allá atrás, lo que destacaba por su forma y uso, era el horno de arcilla, en donde su madre asaba el bizcocho, el sabroso pan casero, las empanaditas de chiverre y cuánta delicia se le ocurriera.

Cerca de la casa, se alzaba imponente, el taller de carretas de la familia. Era una construcción de dos plantas, de madera, pintado de verde. Se accedía al segundo piso, por una escalera que chirriaba a cada paso, vapuleada por los años. Aquel hermoso taller, era para ella, durante su infancia, un lugar misterioso de tesoros escondidos y maravillosos descubrimientos. En la planta baja, se encontraba la noria, la rueda de agua, que como gigante rugiente, cuando comenzaba a funcionar, daba inicio y movimiento a un mundo que para los chiquillos era irreal, de fantasía, poblado de duendecillos que armaban alboroto y de donde salían objetos de arte y daba comienzo a la construcción de las carretas pintadas. Lo que más le gustaba, era el penetrante olor a aserrín, a madera fresca, a pintura, a metal hirviendo. En el segundo piso, los tíos simpáticos y bonachones daban vida a la madera. Ese olorcillo a madera fresca, a aserrín desgarrado que se iba acumulando hasta formar una suave montaña, la acompañaría por siempre.

Al lado del taller, se podía ver la fragua. El sitio, donde al compás del martillo de Thor, se cocían y se daban forma al metal, los aros y las bocinas para dar

forma a las ruedas de las carretas. Los pintores de las carretas trabajaban en cubículos alineados al lado del taller, y ahí pintaban compuertas, ruedas y laterales con dibujos, arabescos y colochos multicolores, inspirados en la naturaleza. Para ella, era fascinante, observar cómo el pintor iba llenando de coloridos trazos, rojos, azules, amarillos la desnuda madera. Luego como en una exposición, verlas salir airoosas como damas engalanadas, provocadoras, al compás del sonido de ocarina, que las ruedas de las carretas iban dejando al transitar por los caminos de adoquines de pueblos y ciudades.

Pero, todo eso era solo el escenario, para dar vida al actor principal. El creador de todo aquello...El abuelo. Para ella, una figura sin comparación. Pequeño, regordete, con una profusa cabellera blanca que se mantenía intrépida a pesar de los años. El abuelo, imponía con su presencia. Lo que más destacaba en él, eran sus chispeantes ojos azules, y su hablar con una marcada pronunciación de la zeta. Además, usaba siempre una boina cuando salía, por lo que mantenía una colección de ellas en una repisa del comedor. Era un personaje difícil de describir, polifacético, con un sentido del humor innato, poseedor de una aguda inteligencia, asombraba con su personalidad a propios y extraños. Autodidacta, solo había cursado hasta el sexto grado, voluntarioso y decidido, había construido su patrimonio, con trabajo arduo, honradez absoluta y de la mano de Dios como decía.

Era placentero hablar con él, pero, personaje singular al fin, también podía ser tozudo y obcecado cuando de lograr sus fines se trataba. Junto al abuelo, trabajaban la mayoría de sus hijos y ahí habían formado sus familias. Destacaba entre los ocho hijos, la única mujer; hermosa, dulce y siempre sonriente que con su risa cantarina era un bálsamo para el oído. Esa particular

dama era la madre de ella. La abuela, se mantenía en la casa, como era habitual en esos tiempos.

El taller de carretas estaba en una extensa propiedad, fruto del trabajo duro de los abuelos. Las casas de los hijos se ubicaban entre árboles a alguna distancia de la casa. Ahí se improvisaban canchas de fútbol, juegos para los niños, y hasta una piscina para el disfrute de sus nietos.

Algunas veces, ella dormía en la vieja casona. Se acurrucaba en la pequeña cama en el cuarto de los abuelos, y se dormía arrullada por el sonido cadencioso de la acequia que atravesaba la propiedad. Otras veces, cuando se quedaba jugando con sus primos tenía que atravesar un largo trecho entre potreros hasta su casa. Aunque todos vivían en la misma propiedad, las distancias entre las casas eran grandes. Ella le temía a la oscuridad, corría, cuidando de no tropezar con alguna de las vacas que ya dormían. Tenía la extraña sensación que múltiples ojillos la seguían desde los árboles, pero, siempre lograba llegar sudorosa y jadeante hasta su casa.

En el potrero, cerca de la casa, había una pequeña construcción de madera, con un altillo, en donde se cortaba el pasto para las cuatro vaquillas que el abuelo mantenía para la leche. Algunas veces, era placentero acompañar al tío o al abuelo, y escuchar el chas, chas, chas de la cuchilla cortando el pasto.

El abuelo podría parecer adusto a veces, pero, era gentil y tierno con sus muchos nietos; poseía lo que en esos años se llamaba una machincha. Esta era una especie de *station wagon*, en la que los domingos llenaba a más no poder con cuanto nieto anduviera cerca, y los llevaba al centro del pueblo, a la cantina La Perla donde les compraba deliciosos helados de sorbetera.

Disfrutaba viéndolos comer. Con el tiempo, compró una maquinita para fabricar sus propios helados.

Una de las cosas que más le atraían, era la colección de pequeñas revistas del *Reader Digest* que el abuelo coleccionaba. Ella miraba fascinada los dibujos y las letras de colores. El abuelo le decía "aprenda a leer, para que pueda leerlas" ...y así fue. Con el pasar del tiempo, entendió que fue él, ese ser irrepetible de su infancia, quien la inició en la fascinación del mundo de los libros.

Algunas veces, al caer la tarde, el abuelo se reunía con los nietos mayores y les contaba historias de su vida, de su infancia en el campo, de cómo era la vida en ese tiempo. Su sabiduría era proverbial cuando decía mirándolos con una sonrisa traviesa: "una generación se va y otra viene, pero m'hijitos no lo olviden nunca, la tierra permanece para siempre".

Así fue pasando el tiempo, pletórico de anécdotas que la marcarían por siempre... Un buen día, sus padres decidieron trasladar a la familia a la ciudad, en donde pensaban que habría más oportunidades para todos. El día que se marcharon, lo último que quedó grabado en su retina, fue la figura del abuelo que les decía adiós con la mano.

Después... después la vida continuó su curso. Ella creció con rapidez. De cuando en cuando regresaba al pueblo...pero, esa es otra historia teñida de amor y de nostalgia que algún día les contaré.

¡Cómo!, don Eloy Alfaro Corrales fundador de una tradición podría imaginar que su amado taller de carretas pintadas cumple un siglo de reparar y fabricar carretas cantarinas. Declarado patrimonio histórico nacional y patrimonio

industrial del país, guarda la tradición de una familia, de un pueblo, cuna de la artesanía nacional.